



## GUILLERMO SALOM Y SUREDA

† EL 19 DE JULIO DE 1911

---

Ha fallecido el profesor Guillermo Salom y Sureda y con él pierde la Escuela de ciencias químicas del Museo uno de sus colaboradores más activos y eficaces.

Como merecido homenaje á su labor en este instituto, que lo contaba entre sus consejeros académicos desde 1906, creo cumplir un deber reconstruyendo á grandes rasgos su vida y reseñando las honras que á su muerte se le tributaron.

Nacido en Palma de Mallorca (España), su educación científica se orientó durante algún tiempo hacia las ciencias naturales, desviándose después por vinculaciones de familia hacia la náutica. En este rumbo, hizo estudios que le permitieron graduarse como piloto mercante en 1864, realizando diversos cruceros, en tal carácter, á América; en uno de ellos, durante el año de 1868, llegó á Buenos Aires y se estableció en San Pedro (provincia de Buenos Aires), donde el cólera puso en peligro su vida. El país lo atrajo, ofreciéndole un campo sin límites á sus iniciativas y á su actividad, con esa potencia asimiladora que se impone al

extranjero en cuanto pisa el suelo argentino ; y cediendo á sus impulsos se estableció como farmacéutico en la citada localidad y después en San Nicolás, ciudad de la misma provincia, donde permaneció hasta 1870.

De regreso de un viaje á España, se radicó en Buenos Aires, realizando estudios regulares en la Facultad de ciencias médicas, donde se graduó como farmacéutico en 1873, ejerciendo la profesión en el establecimiento de Torres y Barton como gerente del mismo, hasta 1874.

Los años que en su juventud había pasado sobre los veleros de ultramar, dejaron en su espíritu honda huella, una imperiosa necesidad de movimiento que no condecía con las tareas sedentarias del laboratorio, y es por ésto sin duda que realizó otro viaje á Europa en 1875, recorriendo una gran parte de ella y aprovechando de su estadía en los grandes centros universitarios para perfeccionar sus conocimientos.

En 1882, ya en el país, la fundación de la ciudad de La Plata le proporcionó ocasión excepcional para ejercitar su actividad, tomando parte en el trazado de las calles de la capital de la provincia, en el campo virgen, para vincularse después á ella sin descanso hasta que la muerte vino á sorprenderlo.

Los cargos que desde 1893 ha desempeñado son los siguientes :

Vocal inspector de farmacias en el Consejo superior de higiene, 1893 ;

Jefe de la 6ª sección de la Dirección de salubridad pública, 1897 ;

Académico de la Facultad de química y farmacia (Universidad provincial), 1901 ;

Profesor de farmacia orgánica en la misma, 1902 ;

Vicedecano de la Facultad de química y farmacia, 1903 ;

Profesor de mineralogía aplicada á la farmacia, 1905 ;

Decano de la Facultad de química y farmacia, 1905 ;

Vocal de la Sociedad nacional de farmacia, 1905 ;

Presidente de la Asociación farmacéutica de protección mutua, 1905 ;

Al fundarse la Universidad nacional de La Plata, en 1905, la Facultad de química y farmacia, como Escuela de ciencias químicas, pasó á formar parte del Museo (Facultad de ciencias naturales) en 1906 y desde entonces, el profesor Salom ejerció los cargos siguientes :

Consejero académico del museo (reelecto en 1909) ;

Profesor titular de farmacología ;

Profesor de farmacia práctica, 1907.

En el desempeño de estas funciones y como inspector general de farmacias de la provincia de Buenos Aires, una reagravación de la enfermedad crónica que padecía lo llevó á la tumba el 19 de julio de 1911, terminando así una vida de trabajo incesante que bien puede presentarse como ejemplo.

En el acto del sepelio, demostración elocuente de las simpatías que el profesor Salom había conquistado dentro y fuera de la Universidad, el

director general de salubridad de la provincia de Buenos Aires doctor Justo V. Garat, leyó un conceptuoso discurso, hablando también, en nombre de sus alumnos, con sentidas frases, el joven Avelino Barrios.

En nombre de la dirección del museo, y cumpliendo obligaciones que mi cargo me imponía, leí sobre su tumba las páginas que á continuación agregó: ellas expresan fielmente los sentimientos de los que fuimos sus compañeros de tarea en la enseñanza y perfilan su personalidad moral para que pueda ser debidamente apreciada.

#### Á LA MEMORIA DEL PROFESOR GUILLERMO SALOM

« Señores :

Vengo en nombre de la dirección del Museo y como jefe de la Escuela de química y farmacia de nuestra Universidad, á rendir homenaje de respetuoso afecto á la memoria del profesor Guillermo Salom, antes de entregar á la madre común sus restos mortales.

Ayer la muerte nos arrebató un colaborador modesto pero decidido, en la persona del profesor Rosso, y hoy nos priva de uno de los elementos más valiosos de trabajo del museo, con esa indiferencia de las fuerzas naturales, con esa rudeza de las causas ocultas que hace meditar á los espíritus más superficiales en la fragilidad de la engañadora pompa de jabón que llamamos vida humana.

Ante la tumba de un sér querido, de un amigo íntimo, esta meditación es confusa, sin precisión en las ideas, sin propiedad en los términos, como si algo de nosotros mismos se hubiese perdido y nos hallásemos en el mundo de los sueños, donde las nociones de espacio y de tiempo se borran del entendimiento. Y es que á pesar de reconocerla necesaria, fatal, ineludible, la muerte nos sorprende siempre, y una honda tristeza nos invade al verla llegar « demasiado pronto ». ¡ Cuánta amargura respira el epitafio de la tumba antigua !

Aquél que profane mis cenizas,  
Que muera el último de los suyos !

Pena más cruel es insoñable sin duda : ver caer á nuestro alrededor la encarnación de nuestros afectos, unos después de los otros, en silencio, como las hojas, y quedar como el árbol tras el otoño, desnudo, sin abrigo, sin apoyo y sin caricias ! Y aunque en el fondo este sentimiento sea egoísmo, y el hijo llore la perdida sombra, el discípulo la brújula rota, y el amigo la palabra afectuosa que no escuchará más, este sentimiento es doloroso, es aguijón punzante que nos hace sufrir y por el sufrimiento que engendra se dignifica y se ennoblece.

El hombre que acaba de desaparecer, espíritu excepcionalmente afectivo, había sembrado sin usura á su alrededor, y no es extraño que en su tumba se abran esas flores espontáneas del corazón que llamamos simpatía, agradecimiento y respeto: sea ésto consuelo para los suyos.

Salom probó con su vida que no es la patria solamente el país donde se nace, pues que el nacer no es obra de la voluntad: patria es el suelo donde el sembrador cae en la mitad del día, es el hogar tranquilo y feliz ganado después de la jornada. Olvidado sin ingratitud de la lejana isla que lo viera nacer, á la república dedicó sus mejores energías y en ella quiso siempre morir, no sólo porque pensaba que es un sueño el de la muerte, que se duerme bien en cualquier lecho, sino por el cariño que á esta tierra bendita profesaba. Para su actividad incansable, el país en formación le brindó campo sin límites y á él se entregó con alma y vida, lleno de entusiasmo, con una fe ciega en el porvenir, con un desinterés poco común en nuestro medio, y una fuerza de voluntad característica de su noble raza.

Encantaba escuchar su palabra cálida, relatando sus empresas y aventuras de *pioneer* resuelto, de algunos años, su labor paciente y obscura de otros, y su actuación sobresaliente de la madurez de su vida.

En la Universidad de la provincia, origen de la nuestra, en aquella institución mal conocida y no comprendida aun, durante una época de pobreza que puso á prueba la nobleza de sus profesores, el profesor Salom dirigió la Facultad de química y farmacia acompañado de amigos dignos de él y de su obra, salvándola de la muerte y manteniendo su prestigio ante propios y extraños. Sus colegas y discípulos olvidarán quizá en el torbellino de la vida activa que á todos nos arrastra, las horas de bonanza, pero ese periodo ingrato será, sin duda, siempre, recuerdo imborrable del valor moral del jefe y del amigo que ha desaparecido.

Yo quisiera que nuestros hombres jóvenes no olvidasen tan pronto; y no es que pretenda hacerlos vivir en el perpetuo dolor de los recuerdos: la alegría de las almas jóvenes no puede destruirse, como el más crudo invierno no mata el árbol sano y sólo lo aletarga.

Yo reconozco la necesidad orgánica, imperiosa del placer y de la alegría, único medio de sobrellevar una vida de lucha incesante y de trabajo sin tregua: no olvidemos la leyenda del escultor que pensaba en bronce, contada por Oscar Wilde con ironía exquisita. Pero me rebelo contra esta facilidad para olvidar, que nos caracteriza, como si hubiésemos hecho nuestra la opinión del poeta que dice «recordar es envejecer y es morir». No, recordar es volver á vivir la vida que fué, buena ó mala, embellecida por el encanto misterioso del pasado.

El porvenir abierto ante los jóvenes es un túnel hacia el cual se ven arrastrados sin saber si al otro lado encontrarán la luz. Prudente es en-

tonces llevar el ejemplo de los que fueron, fortalecerse con sus triunfos, aprender de sus descalabros y derrotas. Y si el ejemplo procede de un maestro que ha sido guía, consejero, amigo constante y seguro, doble valor posee como algo nuestro, que dentro de nosotros vive, porque la comunión de los espíritus, cuando es sincera, iguala en potencia á la sangre transmitida por la herencia.

Demos siquiera este consuelo al hombre que estudia y enseña en nuestro medio ambiente; dejemos acariciar esa esperanza al que lejos de los caminos que conducen á la riqueza, persigue los fantasmas de la gloria y sueña con la posteridad; y estimulemos, con el recuerdo constante de los que nos precedieron, á los jóvenes que deben constituir en el mañana el núcleo intelectual de nuestro país, completando el maravilloso cuadro de su grandeza económica.

Una parte de la obra realizada por el profesor Guillermo Salom podrá perderse, quedar ignorada y aun estéril; pero las actividades que dedicó á la Universidad en su vida provincial y bajo el régimen nacional, están aseguradas con la supervivencia de la institución, en pleno período de desarrollo y florecimiento. En el gabinete de farmacología y en el laboratorio de farmacia práctica perdurará el eco de sus lecciones, la autoridad de su saber y de su experiencia, el influjo de su carácter entero y de su honorabilidad sin tacha; y cuando los estudiantes del futuro contemplan la imagen de Salom que dentro de breve plazo presidirá los trabajos en aquellas aulas, como la del inolvidable Delachaux preside otros de distinto carácter en el museo, respetarán su memoria, como nosotros lo hemos hecho con Perón, Puiggari, Stroebel, Ramorino y Speluzzi en la Facultad de ciencias.

Señores :

Pocos hombres merecerán como el profesor Guillermo Salom, las palabras de *El libro de mi amigo*, que constituyen elocuente epitafio: «trabajó mucho en esta vida hasta ser recompensado por la muerte, que es la única recompensa de la vida».

E. HERRERO DUCLOUX.

Museo de La Plata, 1911.